

entidades de culto y en parte han continuado siéndolo, así se explica que por pecados de algunos individuos de la familia sea castigada toda ésta. Son, por otra parte, restos del culto de los antepasados el que la extinción de la familia por los pecados del padre sea el peor de los castigos, y que el padre se vea también castigado con la muerte de un hijo.

Puede alcanzar, asimismo, el castigo al que esté en relaciones de amistad con el pecador. La divinidad airada destruye, cual lo hace una fuerza elemental de la naturaleza, á los que se le atraviesan en su camino ó están cerca del pecador. Marcadamente resalta esta circunstancia en la reconvencción que hace Elías á Dios en 1. Reyes, 17, 20. Dios hace morir al pequeñuelo de la viuda de Sarephta, que hospedó al profeta.

Como es de suponer, se presenta igualmente como castigo de pecados toda otra privación de los bienes de la vida, como empobrecimiento, desgracia en las empresas, malas cosechas, pestes del ganado, y en particular la debilidad corporal, las enfermedades y la esterilidad.

Si el antiguo israelita cree que de una calamidad que pesa sobre él ó sobre mayor número debe deducir que á causa de un pecado tiene culpa sobre sí el país, procura averiguar por medio del oráculo - cuya negativa á contestar es á veces primera indicación de la existencia de la culpa (1. Sam., 14, 37; 28, 6) - el carácter del pecado y su causante (2. Sam., 21, 1). Ya hemos visto que en tales casos se considera muy oportuno obtener la intercesión de un varón de Dios, y cuando el apuro es grande, hacer también ofrendas y presentes al santuario. Mas este medio de expiar una culpa está vedado desde luego cuando una grave transgresión del régimen constituido en Israel, ha provocado una violenta y persistente explosión de la cólera de Dios. Entonces lo que procede para alcanzar el perdón de Jehova por lo ocurrido, es reconocer manifestamente la culpa cometida por medio del castigo de los culpables, abandonar á la cólera divina un objeto en que se desahogue, y, confesada ya la culpa, declararse dispuesto á evitar en lo futuro semejantes ofensas.

Pondremos algunos ejemplos en apoyo y demostración de lo que acabamos de exponer. Cuando los israelitas, según la exposición que hace J. de la leyenda, antes de pasar el Jordán, cayeron en la tentación de tomar parte en la adoración del Baal del monte Pheor, encendiéndose la cólera de Jehova contra el pueblo; pero se logró expiar esta falta *empalando ante Jehova y delante del sol*, por orden de Moisés, á los caudillos ó príncipes del pueblo (Núms., 25, 3-4) (1). En las páginas anteriores queda referido ya el empalamiento de los siete saulitas *delante de Jehova*, en el monte de Gabaon, para expiar la falta cometida por Saul. Del pecado cometido con la fundición del becerro de oro, fueron purificados los hijos de Israel, según Ex., 32, 27, mediante una carnicería llevada á cabo por los levitas. De igual carácter es el relato de los grandes estragos causados por la peste en el reinado de David; en ellos se desahoga la ira de Dios, y solo entonces se atreve David á acercársele, fundando un santuario y haciendo sacrificios de expiación (2. Sam., 24, 14 y siguientes).

RECAPITULACION

Del análisis que hemos hecho de los conceptos de la religión de Israel, anteriores á la época de los profetas, ó que se refieren á los tiempos anteproféticos, hemos deducido la idea que presidió á la fundación de la religión de Moisés, sobre

(1) La Vulgata no dice que fueran empalados, sino ahorcados. Por lo demás, la peste se había llevado, según el mismo pasaje, 24,000 hombres. (N. del T.)

la cual no poseemos tradición histórica alguna, y al propio tiempo hemos explicado el desenvolvimiento religioso de Israel antes de Moisés. Hemos estudiado también la institución mediante la cual se han hecho valer las ideas de esta fundación, y por el mismo medio hemos visto salir á Moisés del oscuro campo de la leyenda y penetrar en el de la historia, manifestándose con toda claridad en su significancia para el desarrollo espiritual de la humanidad. La leyenda del Éxodo solo refleja turbiamente esta significancia, habiéndose demostrado de nuevo cuán poco material histórico tiene por base. Es justificada la objeción de W. Bender (suplemento á la *Allgemeine Zeitung*, 1883, núm. 77, 18 de marzo) de que no puede ser considerado como completo el cuadro histórico en que no figure Moisés; mas no alcanza á la exposición histórica que sabe interpretar la importancia de las ideas del Antiguo Testamento según las leyes que rigen á todas las religiones.

Háanse confirmado todas las suposiciones que, apreciando debidamente las condiciones sociales del antiguo Israel y sus ideas acerca del hombre y del estado después de la muerte, tomamos como punto de partida para el análisis de los conceptos religiosos. Hemos hallado múltiples reminiscencias animistas en el terreno peculiar de la fe y del culto, y ellas nos han facilitado la más convincente demostración de que las creencias premosaicas de Israel pertenecen á la categoría del culto de los espíritus y no á la del politeísmo. Con esto queda al propio tiempo demostrada la última razón porque no encontramos una mitología en Israel que pudiera equipararse con la de otros pueblos antiguos, y porque no pasó éste de la formación de leyendas de héroes y de santuarios. Así se desvirtúa además la opinión histórica que parte de la hipótesis de que la religión de Israel anterior á los profetas había sido una especie de politeísmo.

La idea fundamental de la creación religiosa mosaica, de que solo Jehova es señor en Israel, pertenece al carácter moral y social de la religión y no al metafísico y filosófico. Está enlazada, particularmente en el dominio del culto, con otras ideas que le son del todo antitéticas, lo cual prueba la necesidad de un nuevo desenvolvimiento. Si miramos hacia adelante, hemos de suponer que este desenvolvimiento será en sentido moral y no metafísico; mas si volvemos la vista atrás, nos asalta involuntariamente la pregunta: ¿cómo ha sido posible que la idea de la unidad de Jehova se mantuviera en Israel y prevaleciera siempre con la mayor energía sobre todas las preocupaciones? En la época de la monarquía, como procuraremos demostrar con mayor claridad en el libro siguiente, se logró este resultado por medio de los profetas. Mas ¿cómo pudo esta idea sobrevivir á la época de la inmigración y á la fusión de los inmigrantes con los aborígenes, y cómo no se extinguió ni fué postergada cuando pasaron los antiguos santuarios del país á ser posesión común y los inmigrantes se asimilaron todo género de usos cananeos de culto? ¿Cómo pudo evitarse que la influencia de la religión de los cananeos, superiores en todos los ramos de la cultura á los inmigrantes, comunicara nueva vida á los restos del antiguo culto de los espíritus, persistentes todavía al lado del de Jehova? Corolario de estas preguntas es la otra: ¿cómo pudo formarse, sobre todo, un pueblo de Israel, y cómo los inmigrantes no fueron absorbidos por los cananeos? A esta pregunta, ya enunciada anteriormente, vamos á contestar ahora, confirmando la explicación de antemano expuesta en las páginas anteriores.

Sería tomar lo incidental por lo principal si se pretendiese explicar tan singular fenómeno por la descomposición política de los cananeos y la mayor fuerza moral de los israelitas. Dejando aparte que esto último nos llevaría de nuevo al tema

de la religión de Israel, debe observarse que no hay cosa que ejerza mayor seducción en el vigor fresco y lozano de pueblos de cultura poco desarrollada y que gaste mas pronto este vigor que los defectos y vicios de la civilización.

El triunfo de las ideas de Moisés y la constitución por su medio de un nuevo pueblo de Israel después de la inmigración en la comarca occidental del Jordán, se deben en primer lugar á que la religión dada al pueblo por Moisés es superior intrínsecamente á la de los cananeos. La idea de que Jehova es señor único, es una nueva idea, de mucho mayor valor religioso que la que puede presentar cualquiera religión animista ó politeísta, y es al propio tiempo de muchísima mayor eficacia moral y social. Liga á la comunidad de los adeptos de Jehova y su moral mucho más fuertemente que las religiones de los dioses que consienten junto á sí seres similares en los dominios de su culto.

El triunfo definitivo de determinadas ideas religiosas depende también de que conduzcan á ciertas instituciones que representen sus derechos. La religión es, por lo mismo, en primer lugar, comunidad de culto y no instituto de enseñanza. Esta necesaria institución la hallamos en el Tora de Jehova

comunicado por los sacerdotes, que ha hecho prevalecer en todos tiempos la voluntad de Jehova y atestiguado su identidad con la moral de Israel. Solo así se comprende la significación que tenía el antiguo sacerdocio para Israel, y lo que significa también que el Tora de los sacerdotes se haga provenir de Moisés. Y no se opone á esto que se tome el oráculo del Urim y Tummim por el antiguo oráculo de Moisés ó el báculo del sacerdote.

Demostrada la institución que representaba en el antiguo Israel la idea de la religión fundada por Moisés, queda desvanecida la última duda respecto de su autenticidad histórica. La idea del oráculo por medio del Urim y Tummim no rebasa seguramente el nivel de las religiones paganas.

Los que gustan de una exposición que haga resaltar particularmente la sabiduría del Creador, la verán á buen seguro destacarse más marcada de la elección del medio indicado para hacer prevalecer las ideas mosaicas, que de la representación tradicional de Moisés, según la cual dió éste al pueblo un estatuto, que hasta el año 621 (A. C.) no logró ejercer influjo alguno ni en la religión ni en la moral de Israel, ni siquiera dar la menor señal de su existencia.

LIBRO OCTAVO

LA DINASTÍA DE OMRI

Hemos llegado á una época del más vigoroso despliegue de actividad, así en el interior como en el exterior. Desde la separación de Israel y Judá, volvemos á ver por primera vez al frente de Israel á una dinastía que recuerda la influencia militar y política del gobierno de David. Por primera vez también desde el destronamiento de la casa de este último, Israel unido vuelve sus armas contra el Norte y el Oriente, pues las dos dinastías, la de Omri y la de David, han hecho una alianza confirmada por el parentesco que las une. Los destinos de ambos reinos se hallan á la sazón pendientes de la lucha que con éxito vario hasta aquí tienen empeñada con el Estado arameo-damasceno (1).

En mas de una ocasión parece que Israel ha de sucumbir en la lucha; pero siempre en el momento más apurado la fortuna de la guerra le favorece y logra arrojar al enemigo de su territorio. Cierto que esto no es debido únicamente al mérito de los reyes ni á las cualidades militares del pueblo. En igual ó mayor grado acaso que estas circunstancias contribuye al triunfo de Israel la de que un adversario mucho más temible amenaza destruir el reino arameo. En efecto, la época de la dinastía de Omri, considerada desde el punto de vista de la Historia Universal, no constituye sino el principio del período de doscientos años de esplendor del imperio asirio, imperio que durante más de diez siglos influyó de un modo decisivo en los destinos del Asia, inaugurando la época

(1) Acostumbramos á llamar sirios á los arameos, de los cuales ya hemos tratado. Las denominaciones Siria y sirios son una abreviatura hecha por los griegos de Asiria y asirios, y que se explican porque el país de los arameos, en la época en que los griegos tuvieron relaciones más frecuentes con él, formaba una parte del imperio asirio. De los griegos pasaron estas denominaciones á otros pueblos.

de los imperios universales. Durante doscientos años sigue avanzando este pueblo guerrero hacia el Occidente, destruyendo y absorbiendo sucesivamente los pequeños Estados del Asia Anterior, hasta que agota sus fuerzas luchando con el antiguo Estado de Egipto y es deshecho por la invasión escita, si bien para revivir luego en el imperio babilónico.

Pero una circunstancia salva diversas veces á Israel y es que el imperio asirio no se constituye, como el de Alejandro, mediante una gran campaña de conquista brillantemente concebida, sino como una fuerza elemental que destruye lo que la rodea por medio de continuas incursiones de pillaje y consume el vigor de sus vecinos, para acabar luego por absorberlos. Según los datos que poseemos, expediciones asirias obligan por dos veces á los damascenos á levantar el sitio de Samaria. El pueblo israelita no sospecha aun de modo alguno semejante estado de cosas, no teniendo sino confusas noticias de los asirios; y así se felicita de sus victorias logradas con la ayuda de Jehova, sin presentir que no significan sino un nuevo plazo conseguido, y que también le llegará el turno, tan pronto como los asirios hayan sometido á los pueblos que tienen más cercanos. En los períodos de tranquilidad que siguen á las incursiones de los sirios (arameos) se restablecen muy pronto el antiguo sentimiento de la propia fuerza y la confianza en Jehova. A las postrimerías de esta época corresponde, por lo mismo, según hemos indicado ya, el libro histórico de J. (el Jahwista), el más valioso de los tiempos anteproféticos. Y lo que piensa el pueblo respecto de la lucha de Acab y Joram con los sirios se desprende de la bendición á José, que rebosa de confianza en el porvenir.

Esta primera intervención de los asirios en la historia de

de Dios, busca asilo en la ciudad fenicia de Sarepta. Cuando llega a la puerta de esta ciudad ve a una viuda pobre recogiendo leña (1), la cual, a su ruego, le da a beber un poco de agua, pero le niega un bocado de pan que le pide después porque no tiene más que un poco de aceite y un puñado de harina, que quiere cocer con la leña recogida, para servir de última comida a ella y a sus hijos (LXX). El profeta le dice que no tenga cuidado; que haga primero una torta para él y luego otra para ella y los suyos, y que ya verá cómo no se acaba ni la harina ni el aceite. La viuda le cree y así lo hace; desde aquel día la maravillosa tinaja le proporciona alimento para ella y su familia, con el profeta por huésped; y cuando tiene la desgracia de que la muerte le arrebató a su hijo único, la oración del varón de Dios le devuelve la vida.

En el tercer año recibe orden Elías de regresar a Israel y anunciar con su presencia la vuelta de la lluvia. Allí la miseria no podía ser ya mayor. Acab ha mandado buscar por todos los países al profeta, desde cuya desaparición no ha caído humedad del cielo, y a quien el pueblo cree que Jehová se ha llevado. Los profetas de Jehová han sido víctimas de la persecución de Jezabel. Acab recorre el país con su mayordomo Abdías, amigo de los profetas, en busca de yerba para sus caballerizas, pues teme tener que sacrificar una parte de sus bestias. Inopinadamente se presenta Elías delante de Abdías, el cual tan pronto como le conoce se postra a sus pies. Con espanto oye la pretensión de Elías de que anuncie su llegada a Acab. Solo después de tranquilizado por medio de un juramento del profeta, pues teme que éste pudiera ser acaso arrebatado otra vez por Jehová, se decide a cumplir el encargo. Acab se adelanta hacia Elías diciéndole: *¿Eres tú, alborotador de Israel?* y contéstale vivamente el profeta: *Yo no alboroto a Israel, sino tú y la casa de tu padre, dejando los mandamientos de Jehová y siguiendo a Baal*. Encarga asimismo a Acab que congregue a todo Israel y a los 450 profetas de Baal (2) en el monte Carmelo, y allí se decidirá quién es dios en Israel, si Jehová o Baal. Así se hace: Jehová, por medio del rayo, comunica inmediatamente el fuego al holocausto (3), que se le ofrece regado con agua en abundancia, después que Baal, entre las burlas de Elías, ha sido inútilmente invocado desde la mañana hasta la tarde por sus profetas, que en furiosa danza saltan alrededor de su altar, sajiéndose los cuerpos. Todo el pueblo grita: *¡Jehová es el Dios!* Elías hace conducir a los profetas de Baal al Kischon (Cison), y los degüella allí. Luego sube a la cima del monte y se postra con la cabeza entre las rodillas, y dice a su criado (4) que mire hacia la mar; éste nada ve, y recibe orden de volver a mirar otras seis veces, hasta que a la séptima divisa una nubecilla, como la palma de la mano de un hombre, que sube de la mar. La nube trae una abundante lluvia, ante la cual Acab, por orden del profeta, se da prisa a llegar a Jisreel cual si huyera del rayo de Dios ofendido por él. Mas, delante del carro de Acab corre hasta Jisreel el profeta, llevado por la mano de Jehová.

(1) En el puesto libre delante de la puerta se celebra el mercado; sin duda la viuda recogería desperdicios de leña.

(2) Los 400 profetas de os ascheras (bosques) están consignados en 18, 19; también en el versículo 22 de los LXX.

(3) En el deseo de exagerar lo maravilloso, se olvida de algo el por lo demás excelente narrador de la leyenda.

(4) Se alude a su discípulo favorito, que le sirve también; pero no puede ser este Eliseo, del cual solo se hace mención después. De que desaparezca luego sin dejar huella de sí, del mismo modo que aparece aquí por primera vez de improviso — ni en el arroyo de Carith, ni en la casa de la viuda de Sarepta habría puesto para él — se desprende que el narrador reproduce una forma de la leyenda de los milagros de Elías en el Carmelo, que se ha desarrollado independientemente de las otras leyendas que acompañan ahora su relato.

Ya hemos observado que esta narración es desde luego antihistórica por su tendencia al milagro. Lo mismo se deduce de todo su contenido: que todos los profetas de Jehová hayan sucumbido a consecuencia de las persecuciones de Jezabel, es muy poco verosímil dada la relación en 1. Reyes, 22, según la cual se presentan en gran número en Samaria y son consultados por el rey en un asunto de Estado. Estos profetas de Jehová no aparecen en manera alguna en oposición de principios con Acab, y como verdadero adversario de éste no se presenta Elías, sino Miqueas ben-Jemla. Además, no se ve tampoco indicio alguno de que ya en tiempo de Acab se produjera tan fuerte reacción en favor del absoluto señorío de Jehová; al contrario, fijándose bien, se colige de la misma narración que no era así, pues, contra toda probabilidad psicológica, desaparece inmediatamente toda la ventaja lograda por Elías a consecuencia de la venganza de Jezabel. El narrador en la continuación de la leyenda de Elías, al referir el asesinato jurídico perpetrado en la persona de Nabot, se pone también en contradicción con un dato histórico consignado en otro lugar. No funda su narración sobre la base de una tradición histórica — hallándose él mismo bastante alejado, en relación de tiempo, de los sucesos — sino que escribe influido por lo que corre en boca del pueblo acerca de los conflictos de Elías con Acab y Jezabel; así vemos que la leyenda atribuye igualmente a Eliseo mucho de lo referido en este punto de Elías. Y si según la tradición israelita, Jehová puso término a la sequía por intercesión de Elías, en cambio la convicción de los fenicios era de que la lluvia se debía a las súplicas de Ithabaal.

No es, sin embargo, casual que en la leyenda de los profetas aparezca Elías como el verdadero adversario de la casa de Acab; aquí a lo menos esta enemistad se relaciona con un hecho histórico. Elías parece que se presentó a Acab como enviado de Jehová, con motivo del acto que enajenó al rey y a su casa las simpatías del pueblo, inclinándole a favor de la oposición profética, a saber: el ya indicado asesinato de Nabot y su familia (5), por el cual Elías le anunció el castigo divino.

(5) Se suele generalmente exponer este hecho como lo refiere la leyenda en 1. Reyes, 21 (LXX, 20), que está en contradicción con lo que dicen 2. Reyes, 9, 25-26, como también con el carácter de Acab, según el concepto que de él nos ofrecen los datos históricos que poseemos. La leyenda achaca la culpa principal a Jezabel, pero en detrimento del carácter de su real esposo. Refiere que un jisleita, llamado Nabot, posee una viña lindante con el palacio de Acab en Jisreel, la cual desea adquirir el rey, para convertirla en jardín. Nabot se niega a cambiar o vender la heredad de sus padres. Tiene, pues, la negativa un motivo religioso (véase lo expuesto anteriormente acerca de los restos del culto de los antepasados en el antiguo Israel). Mortificado por esta negativa Acab, y de regreso a su alcázar en Samaria, se acuesta en su lecho con el rostro vuelto hacia la pared y no quiere comer ni beber. Cuando Jezabel sabe el motivo de su pesar, le pregunta con ironía: *¿Eres tú ahora rey sobre Israel?* Y le dice que no se acojone, que ella ya logrará que la viña sea suya. Envía luego cartas con el sello de Acab, lo que equivale según nuestras costumbres de hoy a estar firmadas por él, a los jefes de las familias de Jisreel (véase lo dicho antes sobre la jurisdicción de estos), encargándoles celebrar un día de ayuno y oración, poniendo a Nabot a la cabeza del pueblo. El narrador alude seguramente a un ayuno de los que se suelen celebrar para aplacar la cólera de Jehová, manifestada por medio de una calamidad. Nabot, como hombre de singular piedad, es el designado para figurar como el primero en la solemnidad. Deberán luego hacerle llevar ante el tribunal por dos testigos falsos, que le acusen de haber blasfemado de Dios y del rey, y en castigo mandarle apedrear hasta que muera. La supuesta blasfemia será para el pueblo la causa de la calamidad, y el castigo del culpable, necesario para calmar la ira de Dios. Los jisleitas cumplen las órdenes de Jezabel, y cuando Acab es informado por ella de la muerte de Nabot, marcha inmediatamente a Jisreel para tomar posesión de la viña. Mas allí encuentra a Elías, el cual le predice que en el mismo lugar donde los perros han lamido la sangre de Nabot, lamerán también

La honda impresión que producen en Israel este asesinato, cometido por codicia y probablemente bajo pretexto de un crimen de lesa majestad en una familia inocente, y su inmediata reprobación, se manifiesta en que la caída de la dinastía de Omri es considerada por los coetáneos como castigo de su crimen. De ello dan testimonio las palabras puestas en boca de Jehú cuando mató a Joram, hijo de Acab (véase más adelante).

Cuán deficientes son los datos bíblicos respecto de los hechos militares de Acab, lo evidencia el silencio en que pasan el más importante de ellos, la parte que tomó este rey en la batalla de los monarcas sirios contra Salmanasar II en Karkar. De esta batalla nos dan noticia varias inscripciones del rey asirio, y en una de ellas se hace mención de Acab (1), diciendo que asistió al combate con 2,000 carros y 10,000 infantes. El gran rey se atribuye la victoria, mas no parece que sacara fruto de ella. El artificio de la inscripción debió de exagerar también algo el número de los carros de Acab. Como el Libro de los Reyes guarda silencio sobre esta batalla, que según los datos asirios se dió en el año 854 (A. C.), existe la duda de si se efectuó antes de las reñidas por Acab con los sirios (2) o en el transcurso de los tres años de paz entre él y estos, que, según 1. Reyes, 22, 1, mediaron entre la batalla de Aphek y la muerte de Acab delante de Rama de Galaad (3). En el primero de estos casos la presencia de Acab en el ejército de los sirios debería interpretarse por ser vasallo de estos, y esta circunstancia como consecuencia de los mismos descalabros que obligaron a Omri a conceder a los sirios el establecimiento de un barrio en Samaria. Así se explicaría perfectamente la estrecha unión con la Fenicia y la Siria; y deberíamos considerar la lucha de Acab con ésta como resultado de la batalla de Karkar, resultado que le animaría a declararse independiente. En el segundo caso debió de existir entre Acab y los sirios una alianza libre, esto es, no impuesta por estos al rey de Israel. A causa de estas dudas no podemos tampoco aprovechar debidamente este punto de coincidencia de las historias asiria e israelita.

Hasta en los mismos hechos de Acab de que hacen mención son deficientes las noticias bíblicas, especialmente en lo que se refiere a la lucha de este rey con los sirios. En 1. Reyes, 20, nos vemos en medio de ella. Samaria está sitiada hace tiempo por el ejército sirio, y Acab encerrado en ella con el suyo; al sitio debieron de preceder algunos combates desgraciados, y por lo mismo nos encontramos ya, cuando menos, al final de la primera campaña de Acab contra los sirios. El rey israelita desespera de que la ciudad pueda sostenerse y se aviene a negociar la capitulación. Benhadad (4) ofrece retirarse mediante entrega de todo el real tesoro, lo cual es aceptado por Acab (5). Mas Benhadad, envalentona-

la suya. Acab se enfurece primero, pero luego se humilla y hace penitencia, en vista de lo cual Dios le manda decir por Elías que, merced a su penitencia, el mal no vendrá sobre su casa sino en los días de su hijo. Podrá tener razón la leyenda al poner estas palabras en boca de Elías; podrá también reproducir exactamente el motivo de la negativa de Nabot y la acusación contra éste — tal vez a causa de la misma negativa, — pero está equivocada en indicar que se tratara de una viña en Jisreel junto al palacio de Acab y que Nabot fuera el único asesinado.

(1) E. Schrader: «Las inscripciones cuneiformes y el Antiguo Testamento», Giessen, 1883, págs. 103 y siguientes.

(2) Así opina Wellhausen: «Plan de una historia de Israel y Judá» (esbozos y preliminares), pág. 31.

(3) Este es el parecer de E. Schrader, en su obra ya citada, y de E. Meyer: «Historia de la antigüedad», tomo I, pág. 393.

(4) Los relatos israelitas designan, probablemente por error, al adversario de Acab que ocupa el trono de Damasco con el mismo nombre de su predecesor, Benhadad. Las inscripciones asirias le llaman Dadi-dri, que corresponde a un nombre de Ramman o Hadad.

(5) Esta relación está completamente borrada en el texto masorético.

do acaso por la pronta aquiescencia de Acab, añade, por medio de una segunda embajada, que no ha pedido únicamente la entrega del tesoro, sino también la de las mujeres e hijos del rey, y exige además que funcionarios sirios registren su palacio y las casas de sus servidores para llevarse lo que les plazca. En vista de estas exigencias, Acab convoca a los jefes de las familias y les expone lo que ocurre. Estos le aconsejan que rechace tan desmedidas pretensiones, y la asamblea popular — convocada seguramente al propio tiempo — manifiesta igual parecer. Acab despide, pues, a los enviados de Benhadad con el mensaje de que está dispuesto todavía, como antes, a aceptar las primeras condiciones, pero que no puede conformarse con las nuevas que se le quieren imponer. Benhadad, con suma arrogancia, le manda a decir en contestación: *Así me hagan los dioses y así me añadan, que el polvo de Samaria no bastará a los puños del pueblo que está a mis pies*. Acab replica cuerdate: *Que no se alabe el que ciñe como el que se desciñe la armadura* (6). Cuando Benhadad oye esto manda que su ejército se ponga en orden de batalla. Pero Acab se le adelanta y dispone una salida. Al frente de los que la emprenden marchan los 232 criados o guardias personales de los jefes de las provincias que están con el ejército, siguiéndoles luego todo éste, compuesto de 7,000 hombres. A medio día pasan los israelitas las puertas de la ciudad, mientras que Benhadad y sus reyes vasallos están borrachos en sus tiendas. Recibe aviso el sirio de que han salido hombres de Samaria y ordena que sean cogidos vivos, sea cual fuere su propósito. Mas el ejército israelita pone en fuga a los sirios, causando en ellos grande estrago (7), y Benhadad escapa a una de caballo (8).

Decididos los sirios a tomar venganza por la derrota sufrida, los príncipes vasallos de Benhadad le dicen que han sido derrotados porque los dioses de Israel son dioses de los montes, y que si vuelven a pelear con este pueblo en el llano están seguros de vencerlo. Aconsejan, pues, a su señor que reúna otro ejército igual al perdido y arriesgue otra batalla en el llano. Benhadad acepta el consejo, y en el año siguiente acampa con su nuevo ejército en Aphek (9), en la llanura de Jisreel. Frente a él viene a acampar el de los hijos de Israel en dos divisiones, que comparadas con la gran muchedumbre de los sirios parecen dos rebañuelos de cabras. Durante seis días se observan mutuamente ambos ejércitos, y al séptimo se traba la batalla. Los israelitas derrotan a los sirios, causándoles espantosa mortandad. Dícese que quedaron en el campo de batalla 100,000 infantes sirios, cayendo además los muros de la ciudad de Aphek sobre los 27,000 restantes, que se refugiaron en ella. Benhadad huye de cámara en cámara del palacio. Sus servidores le aconsejan que se entregue, sabiendo que los reyes de Israel son reyes clementes, y se ofrecen a ir al rey de Israel envueltos en sacos y con sogas al cuello, confiando alcanzar que sea perdonada la vida de su príncipe. Se presentan, pues, a Acab y le dicen: «Tu siervo

tico, y casi por completo en la versión de los LXX. Wellhausen ha establecido el texto en los versículos 3 y 7; véase Bleek, pág. 249, nota 2. Rechaza, sin embargo, y con razón, como pasajes interpolados, las predicciones de los anónimos profetas y varones de Dios (20, 13, 14, 22, 28, 35-43, que interrumpen la narración y son del todo contradictorias del sentido del cap. 22 respecto de los profetas). Por el versículo 43 se evidencia que solo fueron interpoladas después de relacionadas las leyendas de Elías con el relato del cap. 20. Según Giesebrecht, en la «Revista científica del Antiguo Testamento», 1881, pág. 233, es también interpolación el versículo 24.

(6) Probablemente sería ésta una locución proverbial.

(7) Según el texto de los LXX, valiéndose de los carros y caballos sirios que apresó en el campamento enemigo.

(8) Según los LXX, en compañía de algunos jinetes.

(9) Es el mismo Aphek junto al cual acamparon los filisteos antes de su última batalla contra Saul; 1. Sam., 29, 1.

Israel nos facilita por otra parte los medios para fijar con bastante seguridad la cronología de determinados sucesos.

Ahora bien: á la veneracion de que gozaba la dinastía de Omri á causa de sus brillantes cualidades, perjudicó gravemente la introduccion del culto del Baal tirio, como consecuencia de sus íntimas relaciones con la dinastía de Tiro. De aquí resultó que los profetas se presentaron en oposicion á la monarquía, como representantes de la idea nacional; y lo peor que puede suceder á una dinastía es dejarse sobrepasar en la solicitud por semejante idea. Mas lo que viene á agravar la situacion y precipitar su desenlace es un acto violento de Acab, que, hiriendo la conciencia nacional, le enajena del todo las simpatías del pueblo.

No se hace aguardar tampoco la reaccion que suele producir en una nacionalidad todavía vigorosa la introduccion de ideas exóticas, y esta reaccion barre al propio tiempo que el culto de Baal, la dinastía de Omri. Parece, sin embargo, que la horrorosa manera en que el partido de los profetas lleva á cabo su obra de venganza, hierne mas aun los sentimientos del pueblo que no lo hicieran antes los actos de la casa de Omri; de modo que solo posteriormente se manifiesta la simpatía popular en favor de los profetas.

Omri, el fundador de la dinastía, fué un monarca belicoso. Si bien la fortuna no favoreció siempre sus empresas, un historiador patriota tendria que consignar bastantes hechos gloriosos suyos. Mas es cosa singular que solo se haga referencia á este rey en unos cuantos versículos del Antiguo Testamento. Fuera de 1. Reyes, 16, 18-22, en que se relata su lucha con Simri y Tibni, no hay otra mencion de él sino en los versículos 23-28 del mismo capítulo, que nada dicen, por cierto, de sus hechos de guerra y se refieren respecto de ellos, como de costumbre, al Libro de las Crónicas de los reyes de Israel. En cambio, la circunstancia de que los asirios llamaran al reino de Israel «la tierra de la casa de Omri», ó abreviando, «la tierra de Omri» (1), no es en rigor demostrativa de que Omri fuera un monarca muy poderoso; pues probablemente sus relaciones con ellos tan solo constituyeron en procurarse, mediante el pago de un tributo, la proteccion de Asiria contra los sirios ó contra copretendientes. El origen de este nombre puede tener su explicacion en que los asirios solo tuvieron conocimiento de la existencia de Israel en tiempo de Omri; y que siguiera prevaleciendo, se explica asimismo, porque aquellos no darian gran importancia al pueblo israelita y por lo mismo no crearian necesario cambiar el nombre ya dado una vez.

De las guerras de Omri contra la Siria nada se nos dice tampoco mas adelante, y solo por el dato incidental en 1. Reyes, 20, 34, tenemos noticia de que los sirios le habian tomado algunas ciudades y obligado á otorgarles el derecho de construir un barrio en Samaria (2). Entre estas ciudades parece que se encontraba la importante Rama de Gilead (Galaad), como se ve por el final de la historia de Acab. Es probable que aquel dato se refiera á ciudades de la comarca oriental del Jordan.

Mejor suerte tuvo Omri en el Sudeste. La inscripcion de Mesa, reproducida y traducida en la lámina que damos mas adelante, nos refiere que Omri habia conquistado la tierra de Medeba (3), colonizándola, y habia oprimido durante muchos años á Moab, esto es, que le habia hecho tributario. Como el territorio de Atarot estaba ya desde muy antiguo en poder de la tribu de Gad, es probable que fuera ganada

(1) E. Schrader: «Inscripciones cuneiformes y el Antiguo Testamento», segunda ed., Giessen, 1883, pág. 190.

(2) La necesidad de este barrio se desprende de lo expuesto anteriormente.

(3) Véase el mapa del reino de Mesa.

para la nacionalidad israelita toda la extension de terreno hasta el actual Wadi Hédán, afluente del Nordeste del Arnon (4) (Modschib). En los territorios al Sur de este rio se mantuvo la dominacion moabita bajo la superior soberanía israelita, y segun la inscripcion de Mesa, Daibón, el Dibán actual, fué residencia de estos reyes, vasallos de Israel. Esta fué la época en que se llevó á cabo la conquista de la mitad septentrional de Moab, situada al otro lado del Arnon, conquista atribuida á Moisés y que refiere Núms., 21, citando las canciones que celebraban aquellas hazañas. Una parte de estas conquistas, Atarot y Daibán con sus alrededores, parece que fué devuelta á Moab al ajustar la paz; á lo menos, segun la inscripcion de Mesa, la poseía Kemoschgad, padre de éste. Si el rey vencido entonces, Sehon de Hesbon, tenia algun grado de parentesco con Kemoschgad y Mesa, no es posible determinarlo.

Una medida importante fué la traslacion de la capital á Samaria (5), edificada, ó mejor dicho ensanchada y fortificada por Omri, si bien no se dice cuándo. El motivo que le obligó á la traslacion de su capital, seria tal vez que no debió de parecerle muy segura la posicion de Tirsa, tan fácilmente conquistada. En todo caso, la eleccion del lugar confirma la pericia militar de Omri. Samaria está situada sobre una colina de fácil defensa, cercada por todos lados de valles y con pendientes en parte escarpadas y en parte á manera de anfiteatro. En los reinados de Acab y Joram la sitiaron los sirios dos veces inútilmente, y los asirios, muy prácticos en las artes de sitio, necesitaron en tiempo de Salmanasar y Sargon tres años para hacerse dueños de ella.

Mas la mejor demostracion de la capacidad de Omri está en el hecho de que despues de él todavía reinaron tres príncipes de su familia. A su muerte, que acaeció, segun 1. Reyes, 16, 22, despues de un reinado de doce años, subió al trono su hijo Acab, uno de los reyes israelitas que mas calumniados han sido (6).

Las fuentes que nos informan de los hechos de Acab manan con una abundancia no concedida á ningun otro rey despues de Salomon. Desgraciadamente son muy defectuosas, así por lo que se refiere á sus guerras con los sirios como tocante á la lucha sostenida contra el movimiento profético; y las que tratan este último punto son además muy parciales y, como en algun caso se puede probar, hasta poco fidedignas en su contenido (7).

(4) S. Bädcker: «La Palestina y la Siria», pág. 194.

(5) Respecto del nombre de esta ciudad y su origen, véase la Revista Científica del Antiguo Testamento, 1885, págs. 165 y siguientes.

(6) Revelan igualmente la mala fama de Acab, como de toda la casa de Omri, Mich., 6, 16 y Jer., 22, 15, en la version de los LXX. (En el texto masorético aparece desfigurado el nombre de Acab.)

(7) De Acab trata el trozo 1. Reyes, 16, 29-32, 40. Proviene del revisor, anterior al cautiverio, de la historia de los reyes los cap. de 1. Reyes, 16, 29-34 y 22, 39, 40, que sirven de introduccion y final á los trozos intermedios, tomados de otras fuentes. Estos trozos son de dos clases. Pertenecen al dominio de la leyenda de los profetas los relatos en correcto estilo que se leen en los capítulos 17-19 y 21, de la lucha de Elías con el culto de Baal y del asesinato jurídico de Nabot, los cuales han sido tomados de una composicion mas extensa, de la que nada mas poseemos, y ni siquiera están reproducidos íntegramente, como lo prueba la laguna que se descubre entre los versículos 18 y 19 del capítulo 19. Por lo que toca á su valor histórico, están á igual altura que las leyendas de los profetas que hemos de encontrar todavía en el curso de la historia de la casa de Omri. Desde luego su ciega parcialidad contra la monarquía y su tendencia al milagro les quitan todo el carácter de autenticidad histórica, por mas que hasta aquí hayan influido singularmente en el juicio histórico. Por otra parte, no son menos contradictorios entre sí — refiriendo casi siempre lo mismo de Elías que de Eliseo — que los otros trozos de distinta procedencia. Las relaciones acerca de Elías no son muy antiguas y seguramente son de origen judaíta, segun se puede ver por expresiones como «rey de Samaria» en 21, 1. Aquellos consisten en dos narraciones de procedencia efráimita; en 1. Reyes, 20,

De la mayor significacion así para el desenvolvimiento de Israel como para los destinos de la casa de Omri fué el ya mencionado pacto de amistad que se celebró entre Israel y la Fenicia. El Libro de los Reyes nada dice de un ajuste formal de alianza, y solo hace mencion de una de sus consecuencias, el casamiento de Acab con la princesa tiria (1) Isebel (Jezebel) (2), que le es imputado como el mayor de los pecados. Por lo mismo, tampoco nos consta si esta alianza fué ajustada ya en tiempo de Omri ó en el de Acab.

Refiere luego el Libro de los Reyes la construccion por Acab de un templo y altar á Baal en Samaria. Esto lo hemos de interpretar en el sentido de que unidos Israel y los fenicios por un pacto jurado ante Baal, el dios del Estado contratante mas poderoso, hubo de establecerse tambien en Samaria el culto del dios protector del pacto y designado como vengador de su violacion. El concierto de hermanos, que segun Amós, 1, 9, infringen los tirios vendiendo á los edomitas cautivos israelitas, debe referirse asimismo á una alianza convenida entonces.

Con sobrada sinrazon se considera generalmente la ereccion del templo y altar de Baal en Samaria como una apostasia del culto de Jehova cometida por la familia reinante, que arrastró á la mayoría del pueblo. Ciertamente que la leyenda de Elías dice en 1. Reyes, 19, 18, que solo 7,000 en Israel dejaron de doblar las rodillas ante Baal; mas que esta frase, que se ha hecho proverbial, es muy exagerada, lo demuestra la historia de la extirpacion del culto de Baal por Jehú. Los adoradores de este dios formaban, segun los datos que se han conservado, una corta minoría del pueblo, como desde luego se puede suponer por razones generales; y no se comprende qué motivos pudieran haber inclinado entonces á Israel á un cambio de culto, al cual muy difícilmente se decide siempre un pueblo. Hemos, pues, de atribuir la propagacion del culto de Baal, mas bien á su propio atractivo que á las gestiones de la familia reinante. Además, de los nombres dados á los hijos de Acab: Joram, Ocozías y Atalía, que todos contienen el de Jehova, se desprende que Acab seguia adherido al culto del dios nacional.

El proceder de Acab ha de ser, pues, juzgado muy distintamente que el de Salomon. Este mandó levantar para una de sus mujeres un altar á un dios ajeno. Acab, construyendo por razones de Estado un templo de Baal en Samaria, contravino á la idea fundamental de la religion de Moisés y con ello provocó la oposicion de los profetas. Es de observar, sin embargo, segun 1. Reyes, 22, que no parece que por esta causa se atrajera inmediatamente la enemistad de todas las congregaciones proféticas y de la opinion pública.

En el reinado de Acab se consigue tambien llegar á una inteligencia con Judá. Al rey Asa, que solicitó el concurso de la Siria contra Israel, habia sucedido su hijo Josafat (3), el

los primeros combates victoriosos de Acab con los sirios, y en 1. Reyes, 22, la muerte de Acab. Ambos capítulos tienen innumerables interpolaciones y provienen de la misma pluma; véase, por ejemplo, el mismo modo de contar en 20, 20 y en 22, 1 y siguientes; no carecen, sin embargo, de carácter histórico. Segun Wellhausen en Bleek, pág. 251, proceden de igual fuente que 2. Reyes, 3, 6, 24-7, 17^b. 9. 10.

(1) Segun 1. Reyes, 16, 31, es hija de Ethbaal, rey de los sidonios. Como los antiguos israelitas, lo mismo que Homero, emplean la denominacion de sidonios para designar á los fenicios en general, nada nos impide identificar este Ethbaal con el rey tirio Ithobaal, de acuerdo con Flavio Josefo, quien nos ha conservado, en su *Arqueología*, 8, 3, 2, y en *Contra Ap.*, 1, 18, algunos datos sobre este rey, sacados de los Anales de Menandro de Efeso. Habria, pues, que corregir el texto masorético y escribir Ithobaal (esto es: «con él está Baal»).

(2) Que éste sea su verdadero nombre lo ha puesto en duda G. Hoffmann en la «Revista científica del Antiguo Testamento», 1883, pág. 105, nota 1; véase, sin embargo, *Corp. Inscript. Sem.*, tomo I, 1, pág. 209.

(3) El revisor, anterior al cautiverio, del Libro de los Reyes solo

cual hizo alianza de paz y amistad con Acab y en su confirmacion tomó la hija de éste, Atalía (4), por esposa de su hijo Joram. El revisor del Libro de los Reyes en la época anterior al cautiverio, tiene á Josafat por hombre piadoso, mereciéndole igual concepto su padre. Josafat expulsó de su territorio á los kedesches que aun moraban en él. Si el templo de Baal en Jerusalem, de que hace mencion en el reinado de Ocozías, nieto de Josafat, uno de los escritos originarios aprovechados por el revisor del Libro de los Reyes, fué acaso edificado en la misma época en que se ajustó la alianza con Israel, se habria equivocado muy singularmente el tal revisor en su juicio acerca de Josafat. Hay que reconocer, sin embargo, que este rey ya gozaba desde antiguo fama de rey agradable á Dios y muy amigo de los profetas, como contrasta con los reyes de la casa de Omri, segun lo expresa la narracion de 2. Reyes, 3 (véanse los versículos 12-14), por mas que no podamos explicarnos hoy cómo logró adquirir aquella fama (5).

Al frente de la oposicion profética, provocada por Acab al violar la idea fundamental de la religion de Moisés, de que Jehova es solo y único Señor y Dios en Israel, estaba, segun la leyenda, Elías, asceta tisbita cubierto de un manto de pelo, pugnando con ardor é impetuosidad por los derechos de Jehova. Nada se nos dice de las primeras relaciones que segun la leyenda de los profetas existieron entre Acab y Elías. El lib. I de los Reyes, 17, nos presenta de improviso á este profeta sin hacer la menor alusion á tales relaciones, ni siquiera á la vida pasada del profeta (6), el cual, por mandato de Jehova, anuncia á Acab que no habrá lluvia ni rocío en estos años (esto es, en los siguientes) sino por su palabra. Esta sequía es un hecho histórico del cual arranca la leyenda. Menandro de Efeso, hace tambien mencion de ella en el reinado de Ithobaal. Mas segun este autor solo duró un año, desde el hiperberetaios de un año hasta el del siguiente, mientras que en 1. Reyes, 17, 1, solo termina en el tercer año. La mas verosímil es la indicacion de Menandro, exagerada acaso por la leyenda. Esta sigue refiriéndonos muy gráficamente cómo Elías fué alimentado por cuervos junto al torrente Carith (7), por mandato de Dios. Estos animales, de voracidad característica, le llevan por la mañana y por la tarde pan y carne — mas de lo que necesita un oriental — y el profeta bebe el agua del arroyo. Pero tanto dura la sequía, que tambien esta agua se acaba. Elías entonces, por orden

trata muy brevemente de Josafat en 1. Reyes, 22, 41-51, cuando ya se nos ha enterado por la relacion en 22, 1-40, de la parte tomada por él en la expedicion contra Rama de Galaad.

(4) 2. Reyes, 8, 18. El dato apuntado en el v. 26 es un error; es probable que fuera hija de Jezebel, como se admite generalmente, por mas que no hayamos podido comprobarlo.

(5) A ella y á su parentesco con la casa de Omri se debe la reforma de la historia de Josafat en 2. Crón., cap. 17-21. Como Josafat es tan piadoso y educa á todo el pueblo en el respeto á la ley, viene el temor del Señor sobre todos los reinos, de modo que no se atreven á luchar con Judá: árabes y filisteos le pagan tributo. Ciertamente que al cronista le parece algo extraño que Josafat se juntara con Acab para hacer una campaña comun; pero ya le alcanza por ello la reconvenccion del profeta Jehú. Josafat pone luego jueces en todo el país (este rasgo de la leyenda es deducido probablemente de su nombre, «Jehova juzga»), y obtiene una gran victoria sobre los edomitas, moabitas y amonitas. Todo esto carece de fundamento histórico y es una de las mejores pruebas del ningun valor de los relatos de las crónicas que discrepan del Libro de los Reyes.

(6) Proviene indudablemente este capítulo de un escrito mas extenso que contendría los datos que echamos de menos.

(7) No sabemos á qué arroyo se daba este nombre en la antigüedad. La narracion solo indica que afluya al Jordan, viniendo del Este. Debíó de ser un arroyo muy abundante, y por lo mismo no opinamos en modo alguno, como Robinson, tomo II, 534, que fuera el actual Wadi el-Kelt, pues que éste no lleva agua todo el año.